

Enrique Molina

«Balance y liquidación del 900» por Luis Alberto Sánchez



UNA nueva obra del señor Luis Alberto Sánchez no es propiamente una novedad. El señor Sánchez, fuera de otras cualidades que lo enaltecen, es un escritor muy fecundo.

Balance y liquidación del 900» se titula ésta de que ahora nos ocupamos. Expresado lo mismo en términos forenses se podría decir «Enjuiciamiento y ejecución del 900» y no dejaría de corresponder a los propósitos del autor.

El libro viene precedido no sólo de un Prefacio, como suele ser de rigor, sino además de un Anteprefacio. Es cual doble escalinata para llegar a la mansión ideológica construída por el señor Sánchez. Para corroborar esta ilusión tenemos también una antesala. Y no se crea que es broma. El primer capítulo del libro se denomina «Antesala del modernismo». Montan guardia en la escalinata superior, o sea en el Prefacio, dos epígrafes terribles. Dicen así: «La generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la

generación que desciende». «Nuestra generación no tuvo maestros, porque los vió a todos claudicar». Apóstrofes que sin duda indican la actitud del autor. De otra suerte no tendrían para qué estar ahí. Hacen pensar en los ángeles justicieros que con espadas flamígeras se alzaban en las puertas del paraíso terrenal para expulsar a los culpables. «No permaneceréis en la gloria los que no los merezcáis estrechamente», parece decir el señor Sánchez, «Aquí estoy yo para impedirlo».

Mas en realidad ninguna de las dos espadas resulta tan contundente como parece.

Estimamos que el primer epígrafe merecería los honores de ser citado por un hombre de pensamiento siempre que la generación que se levanta acusara y juzgara a la generación que desciende con suficiente información, lo que por lo general no ocurre. De manera que con frecuencia tal acusación y tal juicio no pasan de apreciaciones impulsivas y perezosas, carentes de valor definitivo, sujetas por lo mismo a revisión, por más que en cuanto antecedentes para acciones inmediatas se presenten como intuiciones adivinatorias.

Tocante al segundo epígrafe, el propio señor Sánchez se encarga de probar en el texto de su libro que no es fundado. Muchos nombres cita el señor Sánchez de eminentes americanos de las generaciones anteriores al 900 que no claudicaron. Ahí están Martí, Sarmiento, González Prada, Montalvo, Varona, Hostos. Y en Chile tampoco claudicaron maestros como Las-

tarria, Barros Arana, Letelier, M. L. Amunátegui, Vicuña Mackenna, Zorobabel Rodríguez.

Cual noble leit-motiv animador del libro palpita a través de sus páginas el amor a la América Española y el afán de bregar por su adelanto y perfecta autonomía. Empleando, como era de esperarlo, el neologismo forjado por los apristas, el señor Sánchez dice siempre Indoamérica; pero convengamos en que este neologismo es poco afortunado y pleonástico. En las expresiones consagradas de América Española, Ibero América, América Hispana o América Latina, la palabra América representa la parte indígena de nuestra entidad racial. No tiene otro sentido ahí. Decir Indoamérica es como decir Indoindia. La denominación de «angloamericano» para referirse a los americanos del norte hace perfecto pendant con la de hispano, ibero o latino-americano. Llamarnos indoamericanos es como si quisiéramos dar a entender que tenemos más de indios que nuestros hermanos del norte, lo que puede ser cierto respecto de algunos países como el Perú, Bolivia, Méjico, pero no en cuanto a otros, digamos Chile y la Argentina por ejemplo. La innovación aprista no tiene pues justificación alguna, lo que no implica, de nuestra parte, en lo menor, falta de estimación al indio.

Su amor a nuestro continente y a nuestra raza lleva a menudo al señor Sánchez a tocar el asunto del imperialismo para condenarlo y arremeter contra él, ya sea directamente o a través de los escritores que lo

han combatido o han sido sus instrumentos. Participamos en todo de sus sentimientos. Lo malo está en que el señor Sánchez no define lo que entiende por imperialismo ni ahonda en su etiología, y se limita a susentar y despertar suspicacias hacia los Estados Unidos de Norte-América, con lo que no supera a cualquier orador de asamblea política que esgrime el anti-imperialismo como fermento de odio y no como claro postulado constructivo. Hablar del imperialismo de los Estados Unidos es crear, para fines de política interna, un fantasma sin base alguna. Los tiempos de la agresiva «diplomacia del dólar» en los países del Mar Caribe están lejanos. Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza. Este no es el caso de los Estados Unidos. Ningún gran país de la tierra es a la fecha más respetuoso de la soberanía de las naciones débiles que los Estados Unidos. Lo que ellos ejercen es, sin duda, una hegemonía industrial y comercial. Pero esto no proviene de una voluntad imperialista norteamericana, sino de nuestra inferioridad técnica y financiera. He dicho en un pequeño libro reciente: «Por las necesidades de nuestro grado de cultura necesitamos adquirir automóviles, radios, máquinas de escribir, refrigeradores, artículos eléctricos, toda clase de instrumentos científicos de precisión y cuántas cosas más que no fabricamos, de donde resulta la antinomia terrible de que seamos civilizados sólo como consumidores y, ¡ay! no como productores» (*). En razón de esa caren-

(*) «Páginas de un Diario», Pág. 131.

cia de preparación técnica y de recursos financieros no hemos sido tampoco capaces de explotar por nosotros mismos las riquezas de las entrañas de nuestra tierra. Y al poder que ha venido a hacer y a procurarnos lo que no hemos estado en situación de realizar por nuestros medios lo llamamos imperialismo. Soy decididamente antiimperialista; y estimo que todo gobierno hispanoamericano debe imponer a las empresas extranjeras todas las contribuciones y reglamentaciones que conforme a su soberanía y dentro de la equidad estime convenientes. Pero invito a quienquiera a tentar la empresa de salir del estado que deploramos fuera del dilema siguiente: o mejoramos nuestras capacidades financieras y técnicas o nos privamos de adquirir todos aquellos artículos que necesitamos como consumidores civilizados y dejamos también que nuestros cerros inexplorados no tengan más que un valor panorámico. Todo lo demás es pura declamación. En la cual—y perdónese-me esta ligera digresión—se llega muy lejos entre nosotros. Se impugna el imperialismo de los Estados Unidos, modelo de país pacifista y respetuoso del derecho ajeno, y se envían votos de aplauso y adhesión a la Unión Soviética y al camarada Stalin como campeón de la paz y del antiimperialismo. Y en el curso de los dos últimos años el camarada Stalin ha atacado al pequeño pueblo de Polonia y le ha arrebatado la mitad de su territorio, ha atacado al valiente pueblo finlandés y le ha quitado también casi la mitad de sus tierras; ha ocupado militarmente las débiles repúblicas

bálticas de Livonia, Lituania y Estonia; y se ha apoderado de la Besarabia y de gran parte de la Bukovina. Y esto no es imperialismo para los secuaces de la Tercera Internacional. En realidad es tener mucha confianza en la magia de la palabra para escamotear la verdad y en la estulticia y tragaderas de los oyentes y lectores.

* * *

Los enjuiciados por el señor Sánchez son muchos. Decenas de decenas de nombres, americanos y europeos, saltan en las hojas de su libro. Hay que reconocer que el autor se mueve en medio de ellos con gran facilidad, su lenguaje es siempre ágil y la relación del proceso se sigue con vivo interés. La obra revela vasta erudición y un enorme caudal de lecturas de novelas, de poesías, de historias y de estudios sociales, políticos y económicos.

Sin embargo, se deja ver una omisión notable: la de Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange) gran escritor y educador nuestro de principios de este siglo. Sin ser marxista tuvo Venegas un sentido profundo de la realidad social y económica. Sintió como pocos los dolores y sufrimientos de las clases bajas, que en parte compartió. Se dió cuenta cabal de nuestros vicios políticos. A remediar estos males por medio de sus escritos se consagró con abnegación absoluta. Sus obras *Cartas a don Pedro Montt* y *Sinceridad* produjeron honda impresión y lo señalan como el precursor por excelencia de los movimientos sociales que

han venido ocurriendo en Chile desde 1920. En realidad no se puede prescindir de la egregia figura de Alejandro Venegas en un «balance» espiritual del Chile de esos años (*).

Bajo la epidermis del libro de Sánchez, epidermis siempre fina de obra literaria, circula la ardiente sangre revolucionaria aprista y el latido de este pulso se siente, como es natural, en los juicios de valor que se pronuncian, tanto sobre americanos como sobre europeos. No estima mucho el autor a Rodó y menos aun a sus epígonos, que llama arieles o arielistas, de los que nos ocuparemos pronto. Habla en forma casi despectiva de Guyau, Renán, Emerson y de varias otras figuras intelectuales de primer orden de ese tiempo. «Los modelos predilectos de Rodó. dice, no pueden ser más elocuentes: Renán, aristárquico, que profesaba el *Odi profanum vulgus*, escéptico y estetista; Guyau, enfermizo, desesperado de vivir, visionario moribundo y anheloso de creer en sí mismo y en la vida; Nietzsche, enloquecido, enfermizo también, creyente nominal en la vida que se le escapaba; Taine, positivista incurable; Emerson y Carlyle herólatras; en suma, una amalgama de escepticismo e individualismo». No se puede negar que el autor ha llevado a cabo una «liquidación» en masa; pero, por nuestra parte, para no entrar en mayores detalles, digamos a lo menos que el juicio sobre Guyau es arbitrario e injusto.

(*) Para más detalles ver mi estudio «Alejandro Venegas». Santiago. Nascimento.

Dice a continuación el señor Sánchez: «La palabra de orden era ser tolerante como que reinaba el confort». Esta forma de estimar la tolerancia la repite varias veces. Para el señor Sánchez la tolerancia no es, según debe entenderse, una virtud suprema engendrada por la comprensión y el respeto a la personalidad humana. No. Es hija del confort. Dicho en otros términos: la tolerancia, la vibración al compás del prójimo, es una virtud burguesa inestimable. La nueva concepción abre la puerta a una conclusión preñada de consecuencias: los que no viven en el confort tienen derecho a ser intolerantes: es la vibración al compás del correccionario.

«Enrique González Martínez, el eximio poeta mejicano, en permanente evolución, dice nuestro autor (P. 148), no logra; sin embargo de su afán acendrador, emanciparse ayer ni hoy del predominio de la forma, del regocijo del cantar». No le basta que González Martínez quiera ser sólo poeta.

Cita Sánchez lo que, al tiempo de organizarse, en el segundo decenio de la presente centuria, proclamó el grupo literario chileno de Los Diez: «Es requisito imprescindible para pertenecer a Los Diez estar convencido de que nosotros no encarnamos la esperanza del mundo».

Esta sentencia, muy sabia y muy de artistas, llena de un fino humour, no es tampoco del agrado de nuestro autor y la enuncia como una causa de la debilidad y falla del grupo. Es claro: tal declaración es

una voz del antípoda del Apra. El Apra se siente la esperanza del mundo, por lo menos del mundo hispanoamericano.

* * *

Ya he reconocido en el señor Sánchez vasta erudición. Otra cosa es que sus informaciones se muestren suficientes para la tarea emprendida. Este punto lo voy a examinar sólo desde el ángulo de la suerte que ha corrido mi obra entre sus dinámicas manos. Honradamente debo limitarme a tal examen.

Casi habría preferido que el señor Sánchez no se ocupara de mi labor. Como crítico de ella ha resultado una especie de Procusto. Ha estirado algunas partes hasta hacerlas decir lo que no dicen; y ha cortado, suprimido o ignorado partes esenciales. Las citas que hace del único libro mío de que se ocupa, de un total de quince, para clasificarme y enjuiciarme, son desconectadas e incompletas. De manera que no puedo dejar de rectificarlo, y conste que no es por temor de quedar «liquidado». Felizmente, como se trata de dilucidación de ideologías y doctrinas, el desarrollo del asunto no tendrá nada del carácter enojoso que suele ser propio de las cuestiones personales.

Con el somero antecedente que acabo de indicar, citas trucas de un solo libro de entre quince, el señor Sánchez, dentro de los casilleros que ha formado en su panorama, me clasifica desenfadadamente entre los arieles, nombre con que se designa a la generación o

promoción que vió en Rodó al maestro por excelencia que predicó según las normas del ilustre escritor uruguayo y miró en su *Ariel* una segura brújula para los hispanoamericanos. Dentro de cierta vaguedad e imprecisión de contornos, que el señor Sánchez no puede evitar y que tal vez no es fácil subsanar, arielistas y generación o promoción del 900 son una misma cosa.

Aunque me cita en la honrosa compañía de dos pensadores como Alejandro Deustua y Carlos Vaz Ferreira, no creo que sea una ubicación que me corresponda. A Rodó lo he admirado, pero no fué para mí un maestro en el sentido de guía y mentor. Precisamente a su *Ariel* no le ha dado la importancia que le señala nuestro autor. Lo leí sin detenerme mucho en él. Mi admiración a Rodó ha descansado sobre todo en los *Motivos de Proteo* y en algunos estudios del *Mirador de Próspero* y de *Cinco Ensayos*.

Mi formación intelectual la debo, principalmente, sin desestimar la acción de algunos profesores del Liceo de la Serena, de la Universidad de Santiago y del Instituto Pedagógico, a Lastarria, Letelier y Barros Arana, entre los escritores chilenos, y entre los extranjeros, a Goethe, Spencer, Darwin, Taylor, Stuart Mill, Bain, Altamira, Pérez Galdós, De Greef, Lester F. Ward, Taine, Seignobos, Renán, L. Bourdeau, J. Payot, Zola con sus novelas sociales, Levy-Bruhl, Durkheim, Stein, Fouillée. No menciono a los escritores que he estudiado después de 1910.

—¿Podrá decir quien ha emprendido una clasifica-

ción de escritores que no ha podido entrar en esos detalles ya que no ha tratado de llevar a cabo una monografía de cada escritor? Quien toma para sí la pesada tarea de clasificar debe conocer los objetos o seres que va a distribuir en sus géneros. Supongamos que conteste el autor impugnado que basta con conocer los rasgos generales de lo que va a ser materia de la clasificación y que lo que se persigue es captar y exponer el espíritu de una época. Pase la excusa y vamos a ver lo que ocurre en este señalamiento de los caracteres generales.

«De ahí, dice Sánchez, que casi todos los arieles cayeran en el bergsonismo y, por lo tanto, siguiendo las huellas del maestro de *Materia y memoria*, dentro de la inequívoca marcha a que conduce considerar la vida como fruto de un *elan vital*, casi todos han desembocado en el deísmo, a ratos católico, pero siempre deísta (P. 94).

No cabe negar que es todo un hallazgo el de un deísmo que ha sido siempre deísta. ¡Válgame Dios!

En la página siguiente expresa Sánchez, refiriéndose a mi obra, que de los numerosos volúmenes que he publicado buena parte de ellos está dedicada a la filosofía bergsoniana. En realidad, de los quince libros que he mencionado sólo tres están dedicados a esta filosofía. Presentadas las cosas como lo hace el señor Sánchez, sin detenerse a considerar cuál ha sido el giro de mis estudios sobre Bergson, y a qué conclusiones he llegado, resulto un bergsoniano convencido.

Entretanto la verdad es que, admirando a Bergson como filósofo y como brillante escritor, me he ocupado de él principalmente para criticarlo y no para seguirlo. En mi primer estudio, incorporado después en «Dos Filósofos Contemporáneos», he criticado su método intuitivo, su concepción del espíritu y de la libertad y su interpretación de la vida. Sobre el *élan vital*, argumento Aquiles del señor Sánchez, con el que debería comulgar en mi calidad de arielista, digo precisamente lo siguiente: «O la vida se explica como un fenómeno natural de la evolución de la materia, como una síntesis sutil de energías físico-químicas o continúa siendo un misterio, rotulado con todos los nombres que el vitalismo y el antropomorfismo quieran inventar. El impulso vital original de Bergson es uno de estos nombres; es, como hemos dicho antes, un *deus ex machina*, que se presenta donde haya que dar razón de algún proceso de la vida, pero que no esclarece nada (*).

En mi segundo estudio dedicado al ilustre filósofo francés, titulado «Proyecciones de la Intuición», he criticado sus concepciones sobre la moral. De manera que habiendo dejado muy poco sin criticar de las doctrinas bergsonianas mi apartamiento de esta filosofía es casi completo.

El señor Sánchez, que se apodera de mi actividad intelectual para colocarla con fresca desaprensión en

(*) «Dos filósofos contemporáneos», P. 322.

un compartimiento determinado, ignora todo esto. Probablemente no conoce el primero de mis libros citados. O lo ha olvidado. Tal le ha ocurrido sin duda con el segundo ya que me consta que lo leyó porque tuvo la gentileza de escribir una noticia bibliográfica sobre él.

Después de este análisis queda en claro que el primer rasgo del arielismo, o sea la comunión con la filosofía bergsoniana, no me conviene.

Veamos los demás, agrupándolas hasta donde sea posible:

1.º Los arielistas ponen demasiado el acento en lo estético. Un excesivo cuidado por el estilo, por el aliño, les resta a menudo hondura (P. 91).

Sin duda que exagerado estetismo es pecado contra las urgencias de la vida social y económica. Pero no confundamos la belleza con la retórica. La creación y difusión de la belleza es también una necesidad social. Sentirla es como llevar al alma la música de un cielo estrellado.

En cuanto a mí, los críticos que me han hecho el honor de ocuparse de mis escritos se han mostrado conformes, casi sin discrepancias, en declarar que mi estilo es sencillo. De manera que este primer cargo no me toca. No me incumbe a mí adelantar juicio sobre si mis escritos carecen o no de hondura.

2.º Forman una escuela de indiferentes y sofistas (p. 70). Son escépticos. Cuanto al problema social casi no existe para ellos (p. 174).

Esta afirmación me parece injusta para un arielista como el filósofo uruguayo Vaz Ferreira.

Por lo que a mí respecta, en todos mis libros predomina la preocupación por los problemas sociales, pedagógicos y filosóficos. Lejos de ser escéptico, mi fe en la obra de la educación ha sido constante. De manera que este rasgo tampoco me corresponde.

3.º Por dilettantismo los arielistas se dedicaron a loar a las aristocracias (p. 21).

Esto no lo he practicado, sin perjuicio de que crea que tanto la de nuestro país como la de otros lo han merecido justamente en más de un momento de la historia.

Otro lineamiento que no consueña con lo que he sido.

4.º El 900 tiene una actitud chauvin y militarista. Defiende la tesis de los gobiernos fuertes (p. 108).

El propio señor Sánchez recuerda la polémica que sostuve con el poeta argentino Leopoldo Lugones con ocasión de la defensa que éste hiciera ante el dictador Leguía de «la hora de la espada» en la solemne celebración del centenario de la batalla de Ayacucho.

Yo salí a defender en contra de Lugones los fueros de la razón y de la democracia. De esta actitud no me he apartado.

Otro rasgo que tampoco se aviene con mis hechos.

5.º La juventud criada a los pechos de Rodó tomó a lo serio el consejo de allegarse a los cargos públicos y no perdió oportunidad de apoderarse de la dirección del Estado (p. 88).

Tal como los presenta Sánchez, los más de de arieles han sido personajes palaciegos de gran influencia, embajadores ante cortes extranjeras y ministros de gobiernos más o menos aristocráticos y tiránicos.

Yo no he sido jamás nada de eso: ni consejero áulico de ningún gobierno, ni embajador, ni ministro. No me jacto ni me quejo. Sólo establezco hechos probatorios de que he carecido de esa listeza advertida por el señor Sánchez en los arieles para trepar a las alturas dominadoras del Estado y aprovecharse de sus honores y granjerías.

6.º Manifiestan un optimismo sistemático.

—¿Cómo conciliar esta afirmación con la del número 2.º, según la cual los arieles formarían una escuela de indiferentes y sofistas?

En realidad son dos aseveraciones que no se avienen bien. Pero vamos a lo que dice relación con mi obra.

En mi estudio sobre la Filosofía social de Lester F. Ward, incorporado en mi libro Filosofía Americana, acepto la tesis de Ward de apartarse tanto del optimismo como del pesimismo sistemático y tomar la actitud que él, siguiendo a la novelista inglesa J. Eliot, denomina meliorismo. Confía el meliorismo, como su nombre lo indica, en el mejoramiento de las condiciones de la vida humana. Está muy lejos de repetir con el optimismo que el nuestro sea el mejor de los mundos posibles; pero tampoco cree con el pesimismo que no tenga remedio. Pone su esperanza en la

eficacia de la acción humana bien dirigida. Sociocracia llama Ward a la nueva forma de gobierno que concibe para practicar con éxito el meliorismo. La sociedad tomará en sus manos la dirección de sus intereses y limará las garras de los individualistas inteligentes y voraces. La sociocracia vendrá a superar a las formas democráticas de gobierno y a libertarlas de la plutocracia que las ha agarrotado. Será una especie de superdemocracia; pero a la cual se llegará y que funcionará sin las crispaciones de la violencia y de la fuerza. Diráse sueño de filósofo. Estas ideas henchidas de anhelo de justicia social las expuse allá por 1907 en la Universidad de Chile en la conferencia que fué la primera forma que tuvo mi estudio sobre el eminente sociólogo norteamericano.

Queda eliminada del dintorno de mi ideología otra característica de los arieles.

7.º En el conflicto universitario iniciado en 1918, los arielistas prefirieron callar, dejar hacer o simplemente oponerse (p. 111).

En aquella ocasión no hice ninguna de aquellas tres cosas sino que hablé y no para oponerme. En una conferencia pronunciada en 1920, en plena agitación estudiantil, invitaba a las autoridades, tanto políticas como educacionales, y a las clases sociales alarmadas por la agitación, a mirar a los jóvenes con comprensión y amor, a sentir sus necesidades y a llevar a cabo las reformas universitarias que el momento reclamaba y sin que lindaran en las exageraciones que tan desastro-

Los resultados produjeron luego en las universidades argentinas. Esta conferencia fué publicada bajo el título de «Los estudiantes y los problemas sociales» y se halla incorporada en mis libros de «De California a Harvard» y «Por los valores espirituales».

Y tenemos que el último rasgo de los arieles tampoco se compadece con lo que he hecho y escrito.

—¿Qué pensar, oh manes de Aristóteles, de Bacon y de Stuart Mill, oh deidades de la inducción, de la seriedad con el señor Sánchez aplica vuestras escrupulosas normas? Coloca con todo desenfado a un individuo en un departamento de una clasificación ideada por él mismo y resulta que ese individuo no posee ninguno de los caracteres esenciales señalados para el grupo.

Parece increíble tanta incongruencia en un hombre de los arrestos intelectuales del señor Sánchez.

Ya he dicho que nuestro autor efectúa mi «balance y liquidación» sobre fragmentos inconexos y trunco de mínima parte de uno de mis libros, *De lo espiritual en la vida humana*. A los catorce restantes no los toma en cuenta, salvo para dar el nombre de dos de ellos. La operación ocupa media página. No impugno el pequeño espacio que me dedica. La fotografía, si bien pequeña podría ser proporcionada. Pero no hay tal; ahí soy otro y a la deformación no me resigno.

«Desde las primeras páginas, dice Sánchez, se de-

lata su arielismo, que es de aquéllos de cepa auténtica, o sea, nutridos de fe».

Ya sabemos, por lo que acabamos de ver, a qué atenernos sobre mi supuesto arielismo aunque el señor Sánchez, siempre desaprensivo, lo llame ahora de cepa auténtica.

Para comprobar su aserto cita primero nuestro autor las dos siguientes frases de las palabras preliminares del libro: «Si los hombres pudieran vivir guiados por las luces de un deísmo definitivo habrían resuelto uno de sus problemas más inquietantes» y «Cuando se han perdido las creencias religiosas no queda más que una alternativa. O se vive la vida diciendo que no tiene sentido o nos resignamos a dejar de darle un sentido a este vivir consciente, angustioso y esperanzado, placentero y doloroso, humano en una palabra».

El señor Sánchez no ha visto que esas frases no significan nada más que la expresión de una inquietud metafísica, análoga a la que se deja sentir en la exclamación angustiada del eminente filósofo alemán Martin Heidegger cuando se pregunta: «¿Por qué existe algo? ¿Por qué, más bien no existe nada?». Inquietud metafísica que no se manifiesta, precisamente contra todo lo que quiere probar el señor Sánchez, cuando se descansa en una fe dogmática. Inquietud metafísica que no ha podido dejar de asomar no obstante los conjuros del positivismo, otrora triunfante, y que no bastan a calmar ni el materialismo dialéctico, sistema derivado del anterior con sólo algún mayor enriquecimiento

de explicitaciones, ni el materialismo histórico, aplicación de éste último a los problemas sociales. No bastan porque en el límite de nuestros admirables y útiles conocimientos positivos se alza siempre el enigma metafísico.

Sin gastar demasiado esfuerzo de reflexión, el señor Sánchez podía haberse dado cuenta de esta inquietud con sólo haber leído detenidamente las primeras líneas de la misma página de donde sacó sus citas. Pero, al parecer, no lo hizo. Ahí se dice: «Este libro no es para los que se sientan en posesión de un mundo espiritual seguro. No les hace falta a los creyentes y espiritualistas tradicionales. Estos tienen tal vez más de lo que él pueda ofrecerles. Como su título lo indica, es una tentativa de reconstrucción,— e interpretación filosófica a la vez,— que toma como punto de partida, como base inequívoca, lo que existe de espiritual en la vida humana».

En estas palabras queda indicado lo que no me explico cómo el señor Sánchez no ha percibido por muy grande que haya sido su obsesión, su afán de ver una sola cosa. No ha percibido que el libro es un esfuerzo en busca de un sentido espiritual de la vida que ofrecer precisamente a los que han perdido la fe, y no para reintegrarlos a ella, regreso que, casi siempre es imposible.

La tercera cita del señor Sánchez no es más probatoria que las anteriores. Dice así: «La fe, convivencia con lo divino, como mensajera del cielo, debe ba-

ñar el alma en placidez celestial. Fe que se irrita no es verdadera fe».

Esta cita, aun tomada aisladamente no prueba lo que el señor Sánchez pretende porque no es más que una intuición psicológica, una interpretación de cómo me imagino el estado de los que llevan verdaderamente en el alma el sentimiento de la fe.

Colocada en el contexto en que se encuentra en mi libro prueba aún menos, si es que cabe hablar de menos en este caso. La empleo al final del examen y crítica que hago de las irrupciones apasionadas con que Unamuno en su libro «Del sentido trágico de la vida»... arremete contra los que no creen en una existencia futura, llegando a llamarlos «monstruos». Contra esta violencia e incomprensión me alzo en mi libro. De suerte que mis palabras son, en definitiva, el coronamiento de una defensa de los incrédulos y un llamado a la paz del espíritu.

Desmiente aún la interpretación unilateral y antojadiza que el señor Sánchez hace de mi obra, lo que claramente se dice en la penúltima página de ella, a saber: «Así hemos llegado a esta filosofía que no es la navegación por rutas trazadas de antemano a puertos de ventura, sino la marcha exploradora hacia mares desconocidos. No trae ella tanto el reposo de creer como la inquietud de crear».

—¿No ha leído este párrafo el señor Sánchez? ¿Lo leyó? ¿Habiéndolo leído no le dió importancia y no

creyó necesario considerarlo? Todas las respuestas a estas preguntas, deploro tener que decirlo, son desfavorables al señor Sánchez y no caben otras preguntas.

Pero, ¿qué mucho que no lo haya leído si no da muestras de tener noticias o, por lo menos, de apreciar le esencial que contiene el libro?

Desarrollo en él una teoría del progreso, una teoría de los valores sobre base exclusivamente humana, una teoría del carácter. Todo esto el señor Sánchez lo ignora o parece ignorarlo. No lo menciona.

Tampoco se ocupa el señor Sánchez de otra parte fundamental, de mi teoría del espíritu que interpreto como el resultado de un proceso inmanente y humano enalteciendo con este motivo las facultades creadoras del hombre por cuyo ejercicio llega a lo trascendente. Por lo inmanente y humana podía haberle interesado esta teoría al señor Sánchez; pero ha querido la mala suerte que esto no sucediera, ha que dado silenciada, y el señor Sánchez se ha dado el agrado de desembarcarme junto con los demás arieles, en la tersa ensenada del dogma. Si se hubiera detenido en la teoría de que hablamos habría visto, tal vez, algo más. Mi concepción del espíritu en lo esencial no la he tomado de ningún escritor europeo ni americano. La he completado, sí, aprovechando las doctrinas del gran filósofo alemán, N. Hartmann. De considerar detenidamente estas circunstancias, que me veo obligado a apuntar para enmendar los silencios del señor Sánchez, habría podido éste ver el significado que tienen para la historia de las

ideas originales en nuestro continente que se inicia en las lucubraciones filosóficas, en esta América Española que es el objeto de todos sus desvelos.

Pero quizás sería demasiado pedir. He reconocido en líneas anteriores la vasta erudición del señor Sánchez y sus considerables lecturas sobre materias literarias, sociales, económicas y políticas. Pero la verdad es que no le ha dado el naípe por la filosofía. A mayor abundamiento él mismo lo declara así al no reconocerle importancia actual a esta disciplina entre nosotros. «La filología y la filosofía, dice, formas cimeras de la actividad literaria, resultan en Iudoamérica a modo de recurso de cirugía estética aplicado a un enfermo de cáncer. Lo que requiere el cuitado es que le devuelvan la salud, que le permitan la vida; la belleza vendrá como efecto de aquélla, o por acción de la cirugía plástica, cuando, ante todo, haya vigor vital para lucir el ornamento» (p. 132).

No se sabe por donde empezar con este párrafo en que tantas cosas se disparan en los más extraños sentidos. En conjunto es una aplicación del socorrido apotegma de *Primum vivere, deinde philosophare*, que puede estar muy bien en los labios de un hombre acosado por falta de tiempo para ganarse su pan todos los días, pero no en los de quien ha asumido un ministerio de la cultura en el continente. ¿Es la filosofía actividad literaria, por más que la llame cimera el señor Sánchez? De ningún modo. Sin embargo con un pequeño cambio de lo expresado por nuestro

autor se podría decir «actividad cimera de la inteligencia» y sería exacto. Para comprobar cuan poco literaria es en su esencia basta con reemplazar el término «filosofía» por los de las principales ramas que la constituyen. Estas son la metafísica, la antología, y la teoría del conocimiento, disciplinas que se hallan muy lejos de ser literarias. Que el filósofo debe escribir bien, es una cuestión aparte. ¿No es la filosofía más que ornamento, cirugía estética, embellecimiento del rostro entonces, poco más que maquillaje? La filosofía es un ornamento, si se quiere llamar así a todo lo espiritualmente superior, pero por su naturaleza propia es la actividad del espíritu que busca la esencia de las cosas, la esencia del sentido, la esencia de los valores y la orientación de la actitud humana.

* * *

Ha quedado comprobado que el señor Sánchez carece de interés por los estudios filosóficos; que al hacer mi «balance y liquidación», fuera de asignarme los caracteres que no me corresponden del grupo que él llama de los arieles, no ha interpretado ni tomado el sentido de mi obra; que ha prescindido de casi la totalidad de ella; y que las pocas citas que ha hecho son incongruentes e inconducentes. Agregaré que tampoco me viene bien la calificación con que me honra de jurista y erudito. No he tenido la suerte de llegar a ninguna de estas eminencias.

Uno no sale del asombro al considerar cómo es posible que tales cosas ocurran en un libro del señor Sánchez, escritor en quien hay que reconocer talento, ilustración e integridad moral. ¿Cómo se explica esto? ¿Mal espíritu? De ninguna manera. Queda una hipótesis. La precipitación y urgencia para dar a luz la obra. Es verdad que el señor Sánchez dice en el Anteprefacio que las páginas de su libro fueron escritas en primer original entre los años de 1936 y 1937, rectificadas y amplificadas sucesivamente en 1938 y 1939 y revisadas en 1940 antes de entregarlas a las linotipias. Así debe ser seguramente; pero sin duda esta rectificación, ampliación y revisión no alcanzó a beneficiar a mis libros. Sin la colaboración del tiempo el talento no da sus frutos, no se procura la información necesaria, no se aprovecha la ilustración; y, en estas condiciones, no se puede, por más que se quiera, ejercitar la probidad intelectual.

—¿Habrá muchos escritores de los enjuiciados por el señor Sánchez a quienes ocurra lo propio que a mí? Si tal sucediera el Balance y liquidación del 900 quedaría liquidado.

Espero que no sea este el caso y muy de veras así lo deseo.